

# UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

## LAS ESCUELAS DE MEDICINA Y SUS PROBLEMAS

Dr. Ignacio CHÁVEZ



Sobretiro de la revista "Universidades"

Nº 63 (enero-marzo 1976)

Ediciones UDUAL. México, 1976

UDUAL  
R  
751  
.C3  
ej. 2

UDUAL R 751. C3 ej 2.

UDUAL  
R 751.  
C3  
CLASF.             
ADQ. 525  
PROC. UDUAL  
FECHA 24-09-85  
PRECIO Donación  
y 2

Código de barras

CIDU 18030043

Nº de Inventario

20180300525

## LAS ESCUELAS DE MEDICINA Y SUS PROBLEMAS \*

Por Ignacio CHÁVEZ \*\*

El día de hoy es un aniversario jubiloso. Nos trae a la memoria que el 1o. de mayo de 1929 se abrieron por primera vez las puertas de esta Escuela para iniciar la enseñanza de la medicina en Michoacán.

A siglo y medio de distancia asombra la visión penetrante que tuvo su fundador, don Juan Manuel González Urueña, lanzándose a la creación de esta Casa, apenas a ocho años de lograda la independencia del país. Asombra que lo haya hecho cuando la Real y Pontificia Universidad de México no había tenido tiempo más que de arrancar de su escudo la palabra Real y en cambio seguía siendo Pontificia e impartiendo su añeja medicina escolástica, momificada durante siglos, sin un soplo de renovación. Tan momificada y tan escolástica, tan distante de las ideas del siglo que empezaba, que otro médico ilustre de provincia, graduado en Guadalajara, don Valentín Gómez Farías, al llegar interinamente a la Presidencia de la República, clausuró la vieja Universidad colonial y abrió en su lugar una serie de establecimientos de educación superior, entre ellos el Establecimiento de Estudios Médicos. Al abrirlo le trazó una ruta de enseñanza moderna en que la nomenclatura ya no era, como lo fue por siglos, la de Cátedra de Prima, ni de Vísperas, ni de Método; en que los autores ya no eran Galeno, ni Hipócrates, ni Avicena, sino que en su plan de estudios figuraban las cátedras de Anatomía, de Fisiología, de Patología y de Clínicas y los nombres de los autores fueron ya los de Cruvelhier, Magendie, Maygrier y otros de su tiempo.

Este viento de renovación que sopló en la Capital en el año de 1833, es el mismo que había soplado cuatro años antes en Morelia, donde el plan de estudios puesto en vigor por el Dr. González Urueña hablaba el mismo lenguaje, establecía las mismas cátedras de Anatomía, de Fisiología, de Patología Médica y Quirúrgica, de Patología General y de Higiene y en que los autores eran también los del siglo XIX y no los casi contemporáneos de Cristo.

\* Discurso pronunciado en la ceremonia conmemorativa del CXLVII aniversario de la fundación de la Escuela de Medicina de Morelia, el 1º de mayo de 1976.

\*\* Rector Honoris Causa de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México; Ex-Presidente de la UDUAL; Ex-Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.



Tal fue el mérito de este gran médico, el de los precursores, de los renovadores, de los progresistas que se adelantan a su tiempo. Fue, seguramente, un factor favorable para su proyecto la honda tradición cultural que había en Michoacán con su Colegio de San Nicolás, que llevaba dos siglos y medio de existencia, masa y fermento de su cultura humanística. Pero en cuanto a medicina no había nada, como no lo había en toda la provincia. Apenas dos escuelas en el país, las de México y de Guadalajara; apenas tres médicos graduados en Michoacán al llegar la independencia, según el último censo hecho por el Virreinato, cifra que de tan pequeña se antoja inadmisibles, dado que ese número debía absorberlo tan sólo el protomedicato. Es cierto que en ese tiempo la preponderancia del clero era tal en la vida de la colonia, que los frailes de los conventos, juaninos o jesuitas u otros, eran los que se encargaban del ejercicio de la medicina, en lugar de los médicos.

Así nació esta Escuela de Medicina, antes que la Escuela de la Capital. Si su origen fue modesto, su vida fue precaria. Pronto suprimida en 1850, fue reabierta a los ocho años, para ser de nuevo clausurada cinco años más tarde, en 1863, por obra de la Intervención Francesa que la cerró junto con el Colegio de San Nicolás. Fue reabierta por fin al triunfo de la República, en 1867, lo mismo que lo fue el Colegio.

Si la República la abrió de nuevo y desde hace 110 años nadie ha atentado contra ella, no puede decirse que la haya apoyado con firmeza. Su vida mortecina le permitía graduar sólo un número insignificante de médicos cada año. A fines del siglo último raras veces llegaban a diez y en este siglo nuestro, cuando estalló la Revolución y yo ingresé a esta Casa como estudiante, los grupos escolares eran todavía menores, apenas de siete y diez alumnos, con lo que se comprende que los graduados hayan sido más pocos aún.

Al terminar la etapa cruenta de la Revolución y bajo el impulso de un militar Quijote que cabalgaba en sus filas, el General Francisco J. Mújica, sopló sobre esta Escuela, igual que sobre la Universidad Michoacana recién nacida, un espíritu de renovación. En 1921 me fue dable, desde la Rectoría, hacer cambiar el viejo plan de estudios por uno apropiado al tiempo, sacar los estudios clínicos de las aulas y llevarlos junto al lecho de los enfermos; traer como profesores a un grupo de médicos jóvenes que viniesen a cambiar las formas de la enseñanza: Salvador González Herrejón, José Guadalupe Munguía y Adolfo Arreguín formaron conmigo un pequeño núcleo de profesores, a los

cuales se agregó poco más tarde Manuel Martínez Báez, todos profesores a la nueva usanza.

Cuando ese grupo desapareció del escenario de la escuela por muerte de unos y por dispersión de los otros, había quedado el vivero de sus alumnos. José Gallegos, Eugenio Martínez Báez, Salvador Jara, Enrique Arreguín, Salvador Franco López y otros fueron la generación brillante que prolongó el impulso de renovación.

De los años siguientes no intentaré hablar. Más que páginas de historia con olor de pasado, son el presente mismo, en el que muchos de los que me oyen han sido actores. Llegó el día en que la Escuela fue trasladada al edificio actual; el día también en que recayó sobre mí el honor inesperado y de valor único en mi vida, de que se la pusiera mi nombre.

Hoy me es dable asistir a la develación del escudo que la Escuela adopta. Ese escudo es el mismo que hace 55 años me tocó dar a la naciente Universidad Michoacana, partiendo del blasón familiar, acuartelado, de su ilustre fundador, Don Vasco de Quiroga, al que sólo agregué la orla que lo corona y en la que se lee el nombre de la Universidad, y dos antorchas encendidas que la sostienen: la de la ciencia y la de la cultura humanística. Al hacerlo suyo, la Escuela de Medicina ha querido agregar mi nombre al pie. Por ello reitero aquí, emocionadamente, no con palabras sino con callada vibración del alma, mi profundo agradecimiento.

Cumplido este grato deber, me queda por delante la tarea que me ha sido pedida, de ofrecer al personal académico, profesores y alumnos, algunas reflexiones en torno al presente y al futuro que aguarda a esta Casa. Un aniversario como el que celebramos es, en efecto, la ocasión propicia para hacer un alto en el camino y otear el horizonte. ¿El rumbo que llevamos es el justo? ¿Cabe rectificar la marcha? ¿Nuestras metas de ayer siguen valiendo como metas de hoy y, más aún, como metas de mañana?

Yo sé bien que no soy un augur y que nadie sabe la respuesta segura a estas preguntas. Pero mi íntima vinculación con la Escuela me obliga a aceptar el llamado, con todo y sus riesgos. A decir en alta voz mis preocupaciones, que se inspiran en mis verdades, aun a sabiendas de que pueden no ser compartidas por algunos de ustedes. Nada más natural. Si varía el enfoque de un problema, deben variar las soluciones. Si cambian las premisas, necesariamente van a cambiar las conclusiones. Se requiere, pues, intentar un planteamiento correcto que,

por objetivo, sea aceptable para todos y haga más fácil la coincidencia de juicios.

— Cuando nació esta Escuela fue para enseñar una medicina que no fuese escolástica, sino acorde con los conocimientos de su tiempo. Cuando, andando el tiempo, se renovó la enseñanza en ella, fue para asegurar la formación del médico de acuerdo con los avances, pero sobre todo, de acuerdo con la mentalidad de su tiempo, dado que la medicina se volvía cada día más científica. Había que invertir la vieja fórmula de Trousseau diciendo “por favor, un poco más de ciencia, un poco menos de arte”. Hoy se plantea una nueva, una integral reforma de la enseñanza para cohonestar las exigencias fundamentales de la preparación de un médico de nuestro tiempo.

Esas exigencias las condenso en tres: *asegurar su correcta formación científica*, para que pueda entender la ciencia médica que maneja; *dotarlo de un eficaz adiestramiento técnico*, para que pueda aplicar los conocimientos recibidos en beneficio real del enfermo, no simulado; y último, *modelar su espíritu de acuerdo con la filosofía de nuestra época, para que cuide la salud del pueblo*, buscando no sólo la curación de los males sino también su prevención, sirviendo celosamente a la comunidad y no sólo a sus enfermos, y persiguiendo siempre en su trabajo el beneficio social, no sólo el beneficio personal. En una palabra, educarlos para que sean cada día mejores médicos y más nobles ciudadanos.

Las metas de una escuela de medicina de hoy no son, como se ve, las mismas de ayer. Son más amplias, más vastas y más nobles. Al bien individual de ayudar a un enfermo dado, su función suprema, función eterna, agrega hoy el bien colectivo de protección social.

Lo he recordado recientemente en un foro extranjero, afirmando que esa es la filosofía de nuestro tiempo: que frente al derecho individual se agiganta cada día más el derecho colectivo. Ya no es sólo un hombre el que importa, sino todos los hombres. Ya mi problema no es sólo mío, es el de todos. Y el de todos también es mío. Y he recordado la afirmación de Jean Guilton que suspende el deber médico entre dos universos, que no siempre giran paralelos, entre dos responsabilidades, una invisible, silenciosa, pero suprema, la de su conciencia que busca el bien de su enfermo, y la otra visible, implacable, pero contingente, de su deber frente al mundo que lo rodea.

Para alcanzar esas metas y educar a los futuros médicos en ambiente de cultura científica, de adiestramiento técnico y de conciencia social, la escuela ha de contar con los elementos humanos y materiales

indispensables. No bastan los unos si se carece de los otros. Imposible el aprendizaje sin el buen binomio profesor-alumno y sin el buen instrumento hospital-laboratorio.

El binomio en primer término. Profesores que sepan enseñar y alumnos que quieran aprender. Profesores que pongan amor en su tarea de educar a la juventud y estudiantes que pongan esfuerzo y entusiasmo en su formación activa.

Seamos realistas. En el nivel que guarda la educación superior en nuestro país no podemos pretender que los profesores sean preferentemente investigadores. Esa fue exigencia de las universidades germánicas del siglo XIX. Las nuestras se han inspirado en las universidades latinas, en las que los profesores son fundamentalmente maestros. Las norteamericanas intentan la fusión de ambos tipos, aunque restringidos a sus especialidades. Nosotros, por ahora no podemos cubrir campos tan vastos. Por fortuna no lo necesitamos. Para formar buenos médicos nos basta honorablemente con profesores que conozcan bien su materia, que tengan amor por la enseñanza y que consagren a ella lo mejor de su tiempo; que enseñen la ciencia de hoy, no la de ayer, y que no vengan a la cátedra por necesidad económica sino por el llamado de una vocación, por la noble satisfacción espiritual de compartir lo que saben y de formar discípulos.

En cuanto a los alumnos del buen binomio, ya he trazado aquí mismo su perfil, diciendo que no es el primero que venga a inscribirse en la escuela, sin vocación para el estudio y sin la preparación óptima para entender y asimilar la ciencia que se le trasmite. He insistido en que el derecho de seguir una carrera universitaria no es un derecho universal. Como todos los derechos tiene restricciones. Votar es un derecho en una democracia, pero está restringido a los mayores de edad. Viajar es un derecho universal, pero está prohibido a los vectores de contagio. Ingresar a la Universidad es un derecho de la juventud, pero debe estar restringido a los capacitados, a los aptos para aprovechar la enseñanza, porque la escuela no es una fábrica irresponsable de profesionales ignorantes, de titulados incapaces de rendir el servicio que el pueblo necesita, que el pueblo paga y que el pueblo merece.

Una vez inscritos, los alumnos deben sentirse responsables, igual que los profesores, del éxito de los estudios, rindiendo para ello el trabajo enorme, abrumador, que exige la carrera y desarrollando su interés por adquirir los conocimientos, convencidos de que su éxito exige el avance sostenido, la depuración constante del saber, y sobre todo, la

adquisición de un sano juicio crítico. Y eso no es logro de apáticos ni de ignorantes.

Cierto, el binomio profesor-alumno constituye el núcleo del problema educativo, pero no basta. Tratándose de una enseñanza como la de la medicina, objetiva en lo científico y en lo técnico, los elementos materiales, el laboratorio y el hospital, son el gran instrumento del aprendizaje. Sin el laboratorio la enseñanza de la ciencia de base se vuelve verbalista, y de objetiva y experimental se trueca en retórica. El hospital, por su parte, es insustituible, *conditio sine qua non* para formar un médico. Examinando enfermos, atendiéndolos, conviviendo con ellos, mirando la evolución de sus males, es como el médico se hace clínico. Lo he repetido muchas veces, la medicina es, por esencia, medicina clínica. Sin clínica se puede hacer ciencia y el hombre que la cultiva puede ser sabio, pero sin clínica no es medicina.

Y esa es la tarea fundamental de una Escuela como ésta, la de hacer médicos, lo que equivale a decir, hacer clínicos. Que otros centros más grandes y más ricamente dotados hagan investigadores y hagan especialistas. Con los medios limitados de que dispone, su misión queda ampliamente cumplida haciendo buenos médicos generales, clínicos aptos para la atención de enfermos.

Para ese fin el hospital es factor esencial. No es preciso que sea rico, pero no debe ser miserable; puede tener limitación de sus equipos, pero no carecer de los indispensables en la medicina de hoy. Por inteligente que sea el médico, sus ojos no pueden ver lo que ve el microscopio; sus dedos no pueden medir la presión que da un manómetro; su exploración física no penetra lo que una radiografía ni descifra una alteración funcional del corazón como lo hace un electrocardiograma. Sin equipos técnicos que den esas informaciones no hay medicina moderna, o sea, no hay medicina eficaz. Agréguese que es en el hospital donde el futuro médico se adiestra en el examen de sus enfermos, donde educa su espíritu de observación y adquiere su juicio clínico, donde gana su caudal de experiencia. Los libros no hacen eso, el enfermo es el supremo libro.

No se concibe, por lo tanto, que una escuela de medicina no tenga un hospital anexo que la complete, ni que ese hospital trabaje sin los elementos que le dan eficacia. Los hospitales no deben ser casas para bien morir, como antaño, sino casas para sanar, para revivir, como lo reclama el derecho del hombre enfermo.

Una vez asegurados ambos elementos, los humanos y los materiales, queda una aportación más que debe ofrecer la Escuela: es la filoso-

fía de su enseñanza. Aportación compleja en la que caben el buen plan de estudios y el contenido de los programas, las técnicas que utilice para enseñar y el espíritu que adopte para educar. En ésto estriba, quizá, la dificultad mayor, que irá creciendo con el tiempo.

En efecto, frente al avance imponente de los conocimientos médicos, que doblan su caudal en unos cuantos años, estará la necesidad de comprimirlos en los programas y de reducirlos a lo esencial, para que quepan en los breves años de la carrera. Y frente a la tecnificación implacable de los métodos de examen y de tratamiento, será mayor la dificultad, lo mismo para la Escuela que para el hospital, de adquirir esos equipos, y para los alumnos la de dominar técnicas tan variadas. Aún queda una última exigencia dentro de esa filosofía: la de educar a los alumnos no sólo para ser clínicos con mentalidad científica sino para que salgan a la vida con la conciencia lúcida de sus deberes profesionales y de sus obligaciones frente a la sociedad.

Tal es el planteamiento que formulo como estructura idónea y como requerimientos mínimos para una escuela de medicina actual que, siendo modesta, asegure un rendimiento decoroso: que no realice investigación fundamental, sino sólo aplicada, y que no ofrezca los grados superiores de la educación, Maestrías y Doctorados; sólo enseñanza profesional, a nivel de licenciatura. Esa situación, dicho de paso, es la que guarda la gran mayoría de las escuelas de medicina del país.

Esta fecha de aniversario en que volvemos los ojos al pasado, un pasado que termina hoy, para ver el camino recorrido, obliga a preguntarse: ¿ése camino fue el debido? ¿los rendimientos escolares han sido satisfactorios? Si no es así, ¿cuáles fueron las fallas? Más importante aún: ¿en el futuro que comienza hoy, es razonable esperar que nuestro camino vaya en ascenso? ¿o nos espera un descenso en los niveles? Si es así, procede con urgencia rectificar el rumbo o corregir las fallas.

Llegado a este punto, empieza para mí el camino en el filo de la incertidumbre. Nadie tiene las respuestas seguras; yo menos que ustedes, ya que ignoro mucho de su vida interna y muchos de los factores que la explican. Son, pues, los profesores y los alumnos de esta Casa los que pueden abocarse a realizar el estudio de su pasado y, partiendo de la fría objetividad de los hechos, formular el diagnóstico, valorar la bondad de sus estructuras y la validez de su enseñanza. Por mi parte, quiero limitarme a hacer reflexiones sobre el futuro, no de esta Escuela de Medicina, sino de todas las del país, ya que afrontan todas ellas problemas semejantes. No vacilo en incluir las de la Capital, que

si son más ricas en instalaciones y en subsidios, están abrumadas también, por no decir que aplastadas, por los mismos problemas.

De la gran complejidad de ellos quiero destacar tres, para mí los más importantes, los decisivos en el porvenir de la educación médica en el país. Son tres problemas que se imbrican y en parte se confunden. Los tres son en un momento dado causa y efecto de la enfermedad que sufren nuestras escuelas.

Es el primero de ellos la plétora de alumnos, plétora absoluta, asfixiante. Escuelas hasta ayer más o menos equilibradas en cuanto a elementos humanos y materiales, han visto de pronto romperse el equilibrio ante el aluvión de alumnos que les llegan. En la Universidad de México el número de inscritos en primer año de Medicina saltó abruptamente de 1,500 a 5,000 y en este año a 6,000, con un total de 27,000 en la carrera. En provincia pasa otro tanto, pero más grave. Aquí en Morelia, por ejemplo ingresaron a Medicina 1,600 el año pasado y 2,000 en éste, con un total de 5,000 inscritos en la carrera. Con raras excepciones, como en San Luis Potosí y León, las demás escuelas del país sufren de esa sobrecarga abrumadora.

Nadie interesado de verdad en la educación puede mirar tranquilo ese fenómeno, porque nadie puede creer, razonablemente, que sea posible educar muchedumbres así. No hay escuela que esté preparada para hacerlo. No hay siquiera locales para acomodar a los millares de alumnos, menos aún profesores para atenderlos. Y no teniéndolos, la escuela se ve obligada a reclutarlos, improvisando a muchos de ellos. De la enseñanza objetiva en los laboratorios, resulta irónico hablar.

Por encima de esas fallas está otra, dramática. Es cuando esas oleadas de estudiantes llegan a su trabajo de hospital. Imposible adecuar el número de enfermos disponibles al número de alumnos que los necesitan. Imposible en un hospital de 200 ó 300 camas, ofrecer práctica médica a 2,000 ó 4,000 estudiantes. El resultado será que mañana, salidos sin trabajo personal, sin adiestramiento técnico, sin criterio clínico formado, la escuela irá lanzando a la circulación, una tras otra, generaciones jóvenes condenadas a la frustración. Algunos de ellos, quizá no pocos, podrán salvarse completándose solos, rehaciendo sus estudios o emigrando a otros medios; pero la mayoría, la gran masa, quedará atrapada injustamente en el triste anonimato, cuando no en el fracaso. ¿Qué ha quedado en la Escuela del binomio de buen profesor y buen alumno? ¿Y qué de la filosofía de la enseñanza?

Un segundo factor de crisis escolar, íntimamente ligado al de la plétora, pero no necesariamente coincidente, es el de la preparación

insuficientes de profesores y de alumnos. Ya no su cantidad sino su calidad académica es lo que cuenta. Profesores que por ser incorporados con prisa llegan sin comprobar su idoneidad. Alumnos que franquean las puertas de la escuela sin una prueba de admisión que decida sobre su aptitud. El resultado es entristecedor. En México se implantó el examen de admisión cuando se comprobó que 52% de los ingresantes fracasaban en el primer año de la carrera. Deserción o reprobación tanto da para el fracaso. Eran así legión los que abandonaban los estudios, con el impacto de su derrota.

Durante años funcionó la prueba con la aprobación general. El desperdicio humano, por no decir el sacrificio humano, bajó rápidamente a menos de la mitad, 20 a 25%, en espera de mejorar aún la cifra al corregirse las fallas del bachillerato, que reveló ser la causa mayor de los fracasos. Por desgracia para la educación, fue abolido el sistema bajo la presión de líderes que necesitaban agregar a su curriculum de agitadores este tipo de conquistas, gratas a las masas. La demagogia de las autoridades se apresuró a concedérselas, igual que se concede un premio.

Es penoso mirar que medidas como éstas, que en el fondo son protección para el alumno al evitarle fracasos, sean combatidas en nombre de ideologías políticas del todo ajenas al problema. Medidas selectivas en la admisión las hay en todos los países de educación avanzada. A quienes las consideran como pecado infamante de la sociedad capitalista, como actitud discriminatoria, bastará con recordarles que se usan también en el mundo socialista y que es en Rusia donde se las aplica con mayor rigor. Yo estuve allí y recogí información de sus propios dirigentes. Allí el examen de ingreso es individual y riguroso. “¿Cuál es el margen de tolerancia —pregunté— que se aplica al examen?” “¿Tolerancia? —me respondieron— ninguna. El nivel es 100%. El que lo alcanza pasa y va a la Universidad. El que no, es desviado a otras escuelas o a otras actividades”. La respuesta invita a una reflexión inevitable: ¿Por qué lo que políticos exaltados consideran bueno allá, acá lo estiman dañino y lo combaten?

Esto nos lleva a la tercera y última de mis reflexiones, en el intento de columbrar el futuro de las escuelas de medicina, reflexión, por lo demás, aplicable a las otras carreras universitarias. Me refiero al conflicto cada día más serio que se observa, unas veces razonado como polémica, en ocasiones agrio y hostil como actitud, entre la razón política y la razón académica en la vida universitaria.

En los últimos años ha ganado mucho la politización estudiantil, cuando menos en varios de sus sectores. Bien está, porque esa actitud es saludable; pero no lo es en el grado indeseable a que se la lleva. Grupos numerosos de estudiantes viven para la política y no para los estudios. Hablan apasionadamente de los derechos sociales, pero olvidan el deber suyo, el que tienen ante el pueblo; olvidan su misión, que es la de prepararse bien para mañana servirle bien y reformar la injusta sociedad en que vivimos. Esa misión fundamental no se cumple cambiando los libros por los manifiestos y las aulas por los *meetings* de protesta. ¿No hay en todo esto un error de enfoque, aun admitiendo nobleza de la intención? La impaciencia juvenil de componer el mundo, a costa de sacrificar el estudio ¿no está retardando el día de la alborada?

Pero hay un daño más en esa actitud. El de no sacudirnos jamás el yugo del coloniaje intelectual, la dependencia forzada a que nos obliga la falta de científicos y técnicos que nos liberen. Yo he recordado en estos mismos foros nicolaítas la admonición del gobierno de Mao Tse Tung a los estudiantes de Pekín: “su fervor revolucionario no nos compensa su incompetencia técnica”. Igual que he recordado la de Lenin a los estudiantes de Petrogrado: “Si yo tuviera —les dijo— que condensar en una palabra la obligación fundamental de ustedes, escogería ésta: aprender. Aprender la ciencia y la tecnología que el mundo capitalista ha acumulado, para construir con ellas un mundo nuevo”.

México necesita impulsar su ciencia y su tecnología si queremos sacudirnos el vasallaje intelectual. Y con el intelectual, sacudirnos mañana el económico, porque los pueblos no avanzan en su desarrollo si no es gracias al caudal de inteligencia que poseen. El abandono de los libros y la constante agitación política de protesta no será lo que nos haga conseguir esa liberación. Marcuse mismo, el filósofo de izquierda bien definida, cuyo nombre cobijó la revuelta estudiantil de Francia, no vaciló en llamarla “estúpida actitud antiintelectualista”.

En países como el nuestro, que tienen una tarea de salvamento que cumplir, la agitación sostenida de los que creen en “la fecundidad del caos” y la supresión de las exigencias escolares a costa de abatir los niveles científicos y culturales, no son sino formas de remachar la cadena de nuestra dependencia del exterior. Igual condena ha merecido de Marcuse, porque equivale, dice, a hacerles el juego a las clases dominantes o al imperialismo.

Llego al final de mi encargo. He analizado problemas, pero sin ofrecer soluciones. Estoy convencido de que sólo quienes conocen bien la

realidad interna de su Escuela, las posibilidades con que cuenta frente a sus necesidades, el tipo de presiones a que está sometida y las limitaciones que impone a veces la razón política, a menudo en pugna con la razón académica, sólo ellos, repito, están en posición de imaginar las soluciones viables. Yo me limito a plantear los problemas de base, escudándome en la sentencia de Einstein, de que "un buen planteamiento es ya la mitad de una buena solución".

Confío en que los escollos que apunto, con ser serios, podrán ser superados por la Escuela en el futuro próximo. Lo espero y lo deseo por su bien y por el de las generaciones de jóvenes que aquí vengan a prepararse para ser buenos médicos y para contribuir al prestigio secular de la cultura de Michoacán.



